

BLOQUE 11

La planeación y la organización del trabajo en el aula

La preparación de las lecciones'

Antonio Ballesteros y Usano"

Valor y necesidad de la preparación de las lecciones. Demostrada en las páginas anteriores la importancia de la preparación del trabajo escolar y estudiadas las formas de realizar esa preparación en sus aspectos más generales, vamos a dedicar esta última parte del presente capítulo al examen de la preparación de la tarea concreta y directa de la enseñanza, de la actividad de los niños y los maestros para alcanzar los fines del aprendizaje.

No vamos a insistir en la discusión de los argumentos que se oponen a que esta preparación se realice, ya que han sido examinados y valorados en sus diversos aspectos fundamentales, llegando a demostrar, tal es nuestra suposición al menos, que la educación, en cuanto acción intencionada y sistemática, exige como condición imperativa la previsión de sus objetivos y de los medios para alcanzarlos. Sólo añadiremos ahora, en cuanto a la preparación de las lecciones se refiere, que su valor y su necesidad vienen impuestos por las propias condiciones de la actividad infantil, por exigencias didácticas de la labor del maestro y por la índole de las funciones y fines del aprendizaje, especialmente en cuanto se refiere a su contenido.

En efecto, la diferencia esencial entre la escuela tradicional verbalista

y la tu al escuela funcional estriba en que aquélla obliga al niño a subordinarse, mediante la coacción, a los imperativos de la enseñanza, viendo en él sólo al adulto futuro, mientras que la escuela funcional aspira a subordinar las técnicas, métodos y formas de la enseñanza a las necesidades y capacidades infantiles. Para satisfacer esta aspiración no basta con preparar el ambiente material y social de la escuela y los instrumentos de trabajo de manera amplia y en un plano de generalidad, mediante los programas, horarios, clasificación de los alumnos, etcétera, sino que es indispensable que en la relación directa e inmediata del maestro con sus alumnos se cumpla esa función educativa, teniendo siempre a la vista las verdaderas capacidades de los alumnos para satisfacerlas y desarrollarlas. Es decir, que la única manera de respetar la libertad y el normal desarrollo de las actividades infantiles será acomodar a ellas nuestra acción y sólo podremos lograrlo si prevemos, si meditamos, si preparamos cada día, las tareas que en la escuela han de ser realizadas. Es una concepción falsa la de creer que la autonomía absoluta de la clase y la improvisación de lo ocasional son las formas auténticas de la educación activa. Por el contrario, la verdadera actividad de los alumnos ha de ser preparada, favorecida y estimulada por el maestro, mediante el conocimiento del propio alumno y de los métodos eficaces del aprendizaje. Incluso la realización extrema de la autonomía exige, para que la escuela no se convierta en una Babel cuya máxima perturbación sufrirán los propios niños, la presencia, el consejo, las sugerencias, la dirección, en suma, de un maestro.

Vemos, pues, que desde el punto de vista de *los intereses infantiles* es necesaria una preparación del trabajo diario, no para coaccionar sino para estimular el desarrollo de las capacidades vitales del niño.

Mirando igualmente no ya al interés de los alumnos sino a *la misión que le corresponde_ cumplir al maestro*, parece evidente el valor de la preparación de las lecciones y su necesidad. En efecto, cada aspecto del aprendizaje requiere un tipo de actividad del maestro, una técnica adecuada, una serie de tareas y de ejercicios peculiares adaptados a la índole de la finalidad educativa que se aspira alcanzar. Aun para el maestro mejor preparado, con más experiencia, con una cultura más sólida, cada lección tiene o debe tener un carácter de novedad y de creación. No sólo porque cada vez, en la sucesión de los años, sus alumnos formarán una comunidad con capacidades e intereses propios, sino porque la sucesión, el proceso de su trabajo será distinto, y ya hemos dicho que cada tarea ha de estar enlazada con la anterior, como debe ser fundamentalmente preparación y antecedente de la tarea futura. He aquí por qué, a nuestro juicio, la preparación, cuando es bien orientada, en vez de mecanizar la vida de la escuela y la actividad de los alumnos, se convierte o deberá convertirse en el instrumento que le dé variedad, que le imprima originalidad y fuerza, que la presente como nueva aunque sea para tratar el mismo tema, asegurando así el interés de los alumnos y renovando y perfeccionando la experiencia y la técnica del maestro.

Por último, la preparación es indispensable desde el punto de vista *del objeto, del contenido del aprendizaje* __ De una parte, repitámoslo, la escuela actual se plantea como obligación primaria la necesidad de la adquisición de un mínimo de saber por los alumnos. Para que esa adquisición se realice, el maestro ha de dominar ese contenido, pero además ha de dosificarlo, asociarlo, adaptándolo a la índole de sus alumnos. Sea la enseñanza globalizada o por materias, esa necesidad de dominar el objeto del conocimiento se hace esencial para satisfacer las ansias de saber de los alumnos, para no producir lagunas, vacíos en el conocimiento, para no perderse en el detalle o en lo menos esencial abandonando lo sustancial del tema. Pero, además, cada lección junto al problema de contenido plantea el del método, y nuestro trabajo carecería de interés y de verdadera eficacia si no disponemos de los materiales que

objetivasen la enseñanza, los ejercicios, problemas y prácticas que permitan a los niños aprender mediante su propio esfuerzo y actividad y si, en fin, no meditamos acerca de cuál debe ser nuestro propio papel, nuestra función para enseñar sin coacción, desarrollar capacidades sin abandonar las necesidades instructivas y hablar, conversar, estimular oralmente a nuestros alumnos sin caer en el discurso, en el verbalismo y la vana retórica.

De todo lo anteriormente expuesto se desprende un concepto nuevo de la preparación que en realidad consiste en que el maestro, antes de iniciar la tarea de cada día, medite acerca de los temas y actividades que van a ocupar su tiempo y el de sus alumnos; domine y disponga su contenido para favorecer el aprendizaje; prepare los medios materiales y las formas de actividad que han de asegurar el interés y el trabajo de la clase y piense, sobre todas las cosas, en las preferencias, capacidades y necesidades de sus discípulos para adaptar a ellas todo su trabajo. Sin esta labor previa perderá no sólo gran parte de su tiempo y el de sus alumnos, sino además mucha y buena parte de sus energías y su esfuerzo en tanteos, ensayos y pruebas que sembrarán la confusión entre los niños y acaso hagan perder al maestro lo más valioso para un educador: la autoridad, el prestigio y la confianza.

La preparación de las lecciones y el diario de clase. Conviene hacer una distinción entre ambos instrumentos de información didáctica. Cuanto acabamos de decir se refiere a la preparación de las lecciones, es decir, al estudio que el maestro hace antes de ponerse en contacto con sus alumnos para prever, dentro de los límites de lo posible, lo que ha de ser su jornada de trabajo. El diario de clase, por el contrario, es la narración de lo realizado en cada jornada, después de que ésta se ha cubierto. Así como concedemos un alto valor pedagógico y estimamos necesaria la preparación, no nos parece que el diario responda a exigencias tan fundamentales. Puede tener dos finalidades estimables: como medio de comprobación y control de lo que en la escuela se hace, y como acopio de experiencias y de valiosas observaciones para el maestro. En el primer aspecto

confesamos que su eficacia es mínima, si se tiene en cuenta que en la propia preparación puede haber un apartado dedicado a la autocrítica y estimación de lo hecho durante el día y, además, el mejor control lo ofrecerán los trabajos, ejercicios y problemas de los niños, conservados por el maestro. En cuanto al diario como impresión del maestro tiene a nuestro juicio el más alto valor, pero no puede ser convertido en tarea obligatoria recargando la que sobre los maestros pesa, sino dejarse a su propia iniciativa y a su gusto o afición por este tipo de actividad.

¿Debe llevarse obligatoriamente un *cuaderno de preparación*? La mayoría de las legislaciones escolares así lo aconsejan. Incluso se hacen formularios impresos en que se incluyen los datos que la preparación debe abarcar y que han de ser llenados diariamente por los maestros. Sin negar la conveniencia de que se consignen algunos datos esenciales, nuestro criterio se inclina más a favor de dejar a cada maestro en libertad para formular su propia preparación e incluso para consignar en el libro sólo aquellos aspectos que él crea de verdad indispensables para el desarrollo de sus lecciones, sin convertir la preparación en una tarea burocrática y formalista, porque es posible que así entendida no exprese el verdadero esfuerzo del educador y no le sirva de utilidad para el desarrollo de su trabajo; incluso puede suceder que los que mejor lleven ese registro oficial sean los que menos en serio tomen la auténtica preparación del contenido y técnica del aprendizaje para la difícil misión educativa.

Las etapas en la preparación del trabajo. Ya hemos visto la preparación del trabajo en cada curso y en el proceso de la vida escolar de cada niño, incluso su distribución, al tratar de los programas y los horarios y calendarios. Esos son problemas que se refieren a la escuela en su conjunto buscando la armonía y cooperación en el trabajo de los maestros de las diversas clases. Ahora bien, corresponde a cada maestro la adaptación de esas normas generales y amplias a la actividad concreta y específica de su grupo. En tal sentido la preparación que al maestro incumbe podemos agruparla en dos grandes epígrafes: la que se refiere a la *totalidad del año escolar*, y la que atañe a la *actividad diaria* de la escuela.

Unas breves palabras para referirnos al primer aspecto de la preparación. Al tratar del programa ya dijimos que su redacción debía tener tal elasticidad que permitiera a cada maestro trazar sus propias normas de trabajo. En tal sentido y a la vista del programa que le corresponde desarrollar, el maestro podrá -no nos atrevemos a decir que deberá- trazar su propio programa, el que mejor se adapte a su criterio pedagógico y a las características de sus alumnos. Respetará en él los dictados del programa general, la extensión, límites y contenidos de las diversas materias o actividades, pero podrá formular su propio programa con dos principales finalidades: 1) ordenar los diversos temas que en el programa oficial o general se incluyen, de conformidad con lo que él estime mejor para sus alumnos o para la propia orientación de la enseñanza, fijando además las técnicas, ejercicios, prácticas, etcétera, que deban ser realizados, y 2) establecer una relación, asociación o concentración de las materias e incluso formular un programa globalizado siempre que en él se garantice la adquisición por los escolares del contenido de los conocimientos y destrezas que en el programa general figuren. Naturalmente que en un programa cerrado y hermético no será posible esta beneficiosa adaptación, tan valiosa para los niños como para el maestro, pero ya hemos repetido que la escuela que aspiramos a organizar no es una institución centralista y mecanizada que encasille el trabajo escolar en fórmulas inmodificables, sino que se propondrá favorecer las iniciativas de los maestros siempre que sean inspiradas por una conciencia responsable de su misión educadora.

Una costumbre muy generalizada, ya por propia voluntad de los maestros, ya por precepto legal, consiste en dividir en etapas el desarrollo del trabajo anual de manera que en cada una se llene un determinado contenido y adquieran los niños un mínimo de destreza y de instrucción. La fórmula más general es la repartición de los programas en tantas etapas como meses tiene el curso, marcando así a cada maestro un mínimo de tareas que han de ser cumplidas en cada mes. Hay otros países -así sucede en las escuelas soviéticas- en los que el curso se divide en bimestres y se fija la labor que los alumnos. Han de realizar en ese tiempo.

Otros pueblos agrupan el total del curso en trimestres o en las etapas comprendidas entre dos periodos de vacaciones, que generalmente coinciden con las etapas de trabajo. Es claro que esta ordenación se hace, casi siempre, en vista de las pruebas que se fijan como obligatorias en el año y que abarcan un mínimo de contenido del programa. Pero de todos modos, creemos que un maestro cuidadoso de la verdadera eficacia de su labor debe proceder a esa planificación racional de su trabajo, que le señale tareas mínimas que realizar, que favorezca el dominio total del programa al terminar el año y que no haga perder, en el esfuerzo parcial de cada día, el panorama general de su labor. Además esa ordenación adquirirá máximo valor si se le relaciona con algunos hechos o fenómenos de carácter nacional o social: estaciones del año, fiestas y ferias, fechas conmemorativas, exposiciones o concursos, etcétera, que permitan, dentro de la sistematización de los programas, el fundar el aprendizaje en un estudio directo de la realidad y en la comprobación práctica de las leyes, principios y doctrinas que constituyen el fondo de la enseñanza.

La preparación de la jornada escolar. [...] Vamos ahora a examinar brevemente los problemas que plantea la preparación de las lecciones abarcando un día completo de actividad. Porque como previa tarea a la preparación de las lecciones, conviene que el maestro establezca y tenga a la vista su jornada de trabajo a fin de acoplar a ella, de acuerdo con la marcha de la enseñanza, las diversas actividades de los alumnos. Para hacer más sistemática esta preparación podemos considerarla distribuida en cuatro epígrafes principales: 1) *Contenido de las lecciones*, 2) *Material y libros*, 3) *Actividades de los escolares* y 4) *La actualidad*.

Pocas aclaraciones será necesario hacer respecto a la manera de llenar cada uno de esos epígrafes. En el primero se incluirán dos apartados: a) Los temas de las diversas materias o del centro o proyecto que haya de estudiarse en el día si desarrollamos un programa globalizado, y b) Los epígrafes más importantes que dentro de aquéllos vayan a ser concretamente tratados en la jornada escolar. Así por ejemplo, si una de las materias que hemos de tratar es Historia de México, consignaremos en el primer apartado el tema general que estudiaremos con

nuestros alumnos: "La Conquista", por ejemplo, y en el segundo, aquellos aspectos de esa etapa histórica que van a ser objeto del trabajo: "Recorrido de Cortés de Veracruz a México". Y lo mismo haremos con las demás materias o centros, consignando los temas y subtemas que vayan a ser examinados.

Una costumbre muy generalizada, ya por propia voluntad de los maestros, ya por precepto legal, consiste en dividir en etapas el desarrollo del trabajo anual de manera que en cada una se llene un determinado contenido y adquieran los niños un mínimo de destreza y de instrucción. La fórmula más general es la repartición de los programas en tantas etapas como meses tiene el curso, marcando así a cada maestro un mínimo de tareas que han de ser cumplidas en cada mes. Hay otros países -así sucede en las escuelas soviéticas- en los que el curso se divide en bimestres y se fija la labor que los alumnos han de realizar en ese tiempo. Otros pueblos agrupan el total del curso en trimestres o en las etapas comprendidas entre dos periodos de vacaciones, que generalmente coinciden con las etapas de trabajo. Es claro que esta ordenación se hace, casi siempre, en vista de las pruebas que se fijan como obligatorias en el año y que abarcan un mínimo de contenido del programa. Pero de todos modos, creemos que un maestro cuidadoso de la verdadera eficacia de su labor debe proceder a esa planificación racional de su trabajo, que le señale tareas mínimas que realizar, que favorezca el dominio total del programa al terminar el año y que no haga perder, en el esfuerzo parcial de cada día, el panorama general de su labor. Además esa ordenación adquirirá máximo valor si se le relaciona con algunos hechos o fenómenos de carácter nacional o social: estaciones del año, fiestas y ferias, fechas conmemorativas, exposiciones o concursos, etcétera, que permitan, dentro de la sistematización de los programas, el fundar el aprendizaje en un estudio directo de la realidad y en la comprobación práctica de las leyes, principios y doctrinas que constituyen el fondo de la enseñanza.

La preparación de la jornada escolar. [...] Vamos ahora a examinar brevemente los problemas que plantea la preparación de las lecciones abarcando un día completo de actividad. Porque como previa tarea a la preparación de las lecciones, conviene que el maestro establezca y tenga a la vista su jornada de trabajo a fin de acoplar a ella, de acuerdo con la marcha de la enseñanza, las diversas actividades de los alumnos. Para hacer más sistemática esta preparación podemos considerarla distribuida en cuatro epígrafes principales: 1) *Contenido de las lecciones*, 2) *Material y libros*, 3) *Actividades de los*

escolares y 4) La actualidad.

Pocas aclaraciones será necesario hacer respecto a la manera de llenar cada uno de esos epígrafes. En el primero se incluirán dos apartados: a) Los temas de las diversas materias o del centro o proyecto que haya de estudiarse en el día si desarrollamos un programa global izado, y b) Los epígrafes más importantes que dentro de aquéllos vayan a ser concretamente tratados en la jornada escolar. Así por ejemplo, si una de las materias que hemos de tratar es Historia de México, consignaremos en el primer apartado el tema general que estudiaremos con nuestros alumnos: "La Conquista", por ejemplo, y en el segundo, aquellos aspectos de esa etapa histórica que van a ser objeto del trabajo: "Recorrido de Cortés de Veracruz a México". Y lo mismo haremos con las demás materias o centros, consignando los temas y subtemas que vayan a ser examinados.

En el segundo epígrafe, Material y libros, consignaremos las diversas formas de objetivación que vayan a ser aplicadas por nosotros. Proponemos la siguiente enumeración: a) Excursiones, su finalidad y desarrollo. Aquí se consignarán sólo las indicaciones más generales acerca del lugar, duración y fines de la excursión. b) Cosas y seres que se utilizarán en cada lección o centro. En este epígrafe se enumerarán, si han de utilizarse, los animales, vegetales, productos industriales, etcétera, de que pensamos valernos para hacer intuitiva la lección. c) Láminas, fotografías, cuadros sinópticos, etcétera. Es decir que cuando no podamos observar directamente el objeto de estudio ni traerlo ante los niños, acudiremos a su reproducción y enumeraremos cuáles serán los recursos de que nos valdremos para objetivar cada tema. d) Proyecciones. En este epígrafe haremos constar si usaremos aparato fijo o cinematográfico, y en uno u otro caso las diapositivas, grabados o filmes que vayamos a proyectar ante nuestros alumnos. e) Dibujos, cuadros, estadísticas. Si ninguno de los anteriores medios podemos emplear por carecer de ellos o no prestarse el tema, consignaremos aquí las reproducciones en dibujos, cuadros o resúmenes que presentaremos a nuestros alumnos para ilustrar el tema. f) Libros. Deberán incluirse sólo los títulos de los libros, el capítulo y la página de lo que vaya a ser objeto del estudio como complemento de lo explicado.

En el tercer epígrafe, Actividades de los escolares, habrán de enumerarse cuántas formas de trabajo nos proponemos realizar con nuestros alumnos a lo largo de la jornada escolar.

A fin de que no quede ningún aspecto de esta actividad sin ser previsto,

proponemos los siguientes enunciados: a) Lengua nacional. 1. Vocabulario: temas de los ejercicios, herramientas, vestidos, nombres propios, etcétera. 2. Recitación y elocución: título de los ejercicios que hayan de hacer los niños. b) Leitura. Título, capítulo, página: en este apartado se trata no de la lectura como forma e instrumento de enseñanza, sino como medio de aprendizaje del idioma y del arte de leer. c) Escritura. Se consignarán separadamente los epígrafes o finalidades, los párrafos, frases, palabras, etcétera. Se incluirán tres apartados: temas de dictado, de composición y contenido de los ejercicios caligráficos. No hay que decir que si en la composición se piensa dejar en libertad a los niños para elegir el asunto, se hará constar así en el epígrafe correspondiente. d) Cálculo. Se consignarán los ejercicios, problemas, prácticas, gráficas, etcétera, que hayan de realizarse, diferenciándolos en sus tres enunciados principales: cálculo mental, cálculo escrito y problemas y aplicaciones. e) Dibujo. Espontáneo, del natural, de memoria, geométrico y de aplicación. En cada epígrafe se hará constar el objeto que haya de ser dibujado o los problemas que deben ser resueltos por los niños. f) Trabajos manuales. Deberán enumerarse los trabajos que hayan de ser hechos tanto en la clase como en los talleres, si los hay. g) Prácticas de laboratorio. Experiencias, demostraciones y pruebas que se puedan desarrollar con los alumnos. h) Canciones y ejercicios rítmicos. Sólo se consignarán los títulos y carácter de esta actividad, y, si fuera posible, libros y cuadernos donde se inspira el maestro para su desarrollo. i) Gimnasia y juegos organizados. Enumeración de los ejercicios que vayan a ser practicados y nombre de los juegos dirigidos por el maestro.

Últimamente incluimos un cuarto epígrafe general con el título de La actualidad. En él se incluirán el tema o los temas que vayan a ser objeto de la actividad de la clase, ya ocupando un tiempo limitado de la jornada, o ya la totalidad de la sección de trabajo.

Consignemos aquí el tema, las finalidades y un esquema del desarrollo y de los ejercicios que vayan a tratarse, explicando la razón o la ocasión que han aconsejado suspender la marcha ordinaria de la clase para fijar el interés de los alumnos en un motivo de actualidad.

No hay que decir que, en cada jornada, se consignarán sólo aquellos epígrafes y temas que deban ser desarrollados, prescindiendo de los demás. El detalle de los ejercicios dependerá del criterio del profesor bastando, en realidad, a los fines de la preparación, consignar los epígrafes y ejercicios más importantes. Convendría, por último, consignar un quinto enunciado con el título de Observaciones, para

que pudiera el profesor expresar en él, cuando el caso se presente, aquellos incidentes, alteraciones, dificultades o hechos interesantes que valgan la pena de ser destacados a efectos de experiencia y normas para el futuro.

La preparación de la lección. En las páginas anteriores hemos tratado de hacer un esquema general de la actividad de niños y maestros durante una jornada o una sesión completa de trabajo. Puede considerarse que el maestro que lleva de manera rigurosa y puntual ese registro diario ya cumple eficazmente su deber de preparación y sobre todo su deber respecto a la constancia de su labor, a efectos de su control por el director y los inspectores. Pero en realidad, quien desee hallarse en las máximas condiciones de preparación debe completar esa labor o sustituirla por una detenida meditación y previsión de cada uno de los ejercicios, lecciones, trabajos, etcétera, que deba realizar en su grupo. Por eso, muchos maestros no se limitan a llevar ese resumen esquemático de sus tareas, sino que hacen una preparación circunstanciada y detenida de cada lección o ejercicio que han de desarrollar con sus alumnos.

Debemos partir de un principio general antes de consignar algunas formas de preparación como ejemplificación de este trabajo. Nos parece un error mecanizar la preparación de las lecciones, reduciéndola a llenar un esqueleto o formulario general, igual para todos los días y para toda clase de materias o actividades. Creemos, por el contrario, que la primera preocupación del maestro al disponerse a preparar su lección es elegir el tipo de esa preparación, que habrá de cambiar según la índole del tema, el carácter de la lección y el fin principal que se proponga alcanzar en su trabajo. A título de sugerencia podemos decir que si la lección tiene un carácter fundamentalmente racional y abstracto, una clase de matemáticas, por ejemplo, con un año superior, podrá recurrir a las Etapas formales de Herbart, que satisfacen esos objetivos intelectualistas y racionales. Si, por el contrario, ha de dar una enseñanza de carácter objetivo, por ejemplo, un tema de biología o de ciencias naturales, es más conveniente utilizar las Etapas del conocimiento del doctor Decroly, formuladas de acuerdo con el criterio esencialmente globalizador de su método. Si, en fin, la base de la enseñanza será

la actividad de los escolares: un problema de física o de ciencias naturales o exactas, una investigación lingüística, etcétera, podrá utilizar, con acierto, los Pasos del Proyecto o las Etapas de Unidades de Adaptación, cuya finalidad dominante es la acción y el esfuerzo directo de los escolares. Esa adaptación de la técnica de la preparación a la índole del tema, de la lección, de la actividad, etcétera, favorecerá de manera indudable el éxito en los resultados y evitará esa mecanización del trabajo en que fatalmente caen los maestros que se limitan a llenar un cuadro previamente trazado por ellos mismos o por los directores o inspectores, abandonando su propia iniciativa y quitando a la labor escolar su máximo valor, que es la originalidad, el acento personal que el maestro debe dar a toda obra si quiere ser verdaderamente educador. [...]